

Cosas que dice la gente cuando no quiere decir nada

Una aproximación personal a LA ESCOBA DEL SISTEMA, de David Foster Wallace

Por Marcel Ventura

Fotografía: Janette Beckman/Redferns

/a/

Los hipsters se apropiaron de David Foster Wallace porque viven de extrañar el futuro y nada es más melancólico que un escritor con mirada perdida y sogas en el cuello. En Cambridge, la cuna de Harvard y el MIT, montan bicicletas de colores pasteles con libros del autor estadounidense dentro de mochilas de cáñamo fair trade y, entre sorbos de café otoñal con sabor a calabaza, discuten lo del suicidio. Que si la cocaína, la marihuana, el alcohol, el Nardil; que si su infierno comenzó aquí, Harvard, 1989. Agitan ejemplares antiguos de LA BROMA INFINITA, se las arreglan para introducir notas al pie de página en las actualizaciones de Facebook y, cuando ya han recitado de memoria los efectos secundarios de todos los antidepresivos, pedalean durante quince minutos de vuelta a sus casas, en la ciudad vecina de Somerville. Foster Wallace vivió allí cuando vino a Harvard con la intención de doctorarse en Filosofía. Antes de terminar el primer semestre, los servicios de salud de la universidad le prohibieron volver a clases.

Entonces Somerville no era hipster, sino un reducto de criminales elegantes y bandas especializadas en robar coches. Aún más, no existía la palabra hipster, y en LA ESCOBA DEL SISTEMA todos aprendimos que el lenguaje puede construir la realidad. Ejemplo: nada es hipster hasta que se juntan las siete letras y entonces, sí, aparecen las gafas de pasta negra, las camisas a cuadros, los pantalones ceñidos. Las palabras nombran y crean lo nombrado.

David Foster Wallace lo aprendió leyendo al filósofo austriaco Ludwig Wittgenstein, y fue tan profunda la marca que en 1987 escribió LA ESCOBA DEL SISTEMA, su primera novela, para imaginar un mundo de personajes histéricos marcados por la inoperancia del lenguaje. El resumen de la presunta trama dice que veinticinco viejitos desaparecen del ancianato Shaker Heights, incluida la bisabuela de la protagonista, Lenore Beadsman. Pero ese es apenas un conflicto superficial. LA ESCOBA DEL SISTEMA es, sobre todo, un artefacto subterráneo con personajes en busca de palabras para explicar sus miedos y frustraciones. ¿Y no es siempre la literatura una coartada del lenguaje? Tal vez, pero pocos lo hicieron con la maestría de David Foster Wallace.

Es rara la relación entre Harvard y el autor. Se sabe que aquí lo internaron por primera vez en el hospital, que en el centro de rehabilitación Granada House se inspiró para crear muchos protagonistas de LA BROMA INFINITA, que en



el recorrido desde y hacia Somerville comenzó a sentir el peso del éxito. Los hipsters disfrutaban imaginando el rastro de un maldito dentro de este ambiente tan aburrido; por eso no leen LA ESCOBA DEL SISTEMA. Porque antes de las clínicas, de los psiquiatras, de la Familia Incandenza, de los hombres repulsivos y del mito del suicida, Foster Wallace ya era Foster Wallace, el creador de un andamiaje portentoso capaz de sostener cualquier cosa en su narrativa. Incluso gente que no dice nada.

/b/

Le cuento al psicoanalista que en mi sueño la entrevistadora saca de contexto unas declaraciones mías en la revista más importante del país. Algo sobre mi ex, la separación, el amor. El hombre me ve y me pregunta si he leído a David Foster Wallace y yo le contesto que sí, que me pasa lo que me pasa porque nadie sobrevive a esa capacidad de su prosa para despojar todo hasta dejar descubierta la penosa estructura

de pensamiento de cada quien. Uno se avergüenza al reconocerse en sus personajes, le digo, y entonces el psicoanalista me explica que en mi sueño la revista no es una revista sino un mecanismo para mostrar mis peores defectos a través del lenguaje. Algo así.

En LA ESCOBA DEL SISTEMA Lenore ve al terapeuta Curtis Jay. En una sesión, este le pregunta si los días malos ejercen en ella algún tipo de presión para sentirse como una mierda o si, por el contrario, sentirse como una mierda es consecuencia natural de los días malos. Es el tipo de disyuntivas que desesperan a Lenore. Cuando era pequeña, su bisabuela la sentó en una silla y barrió el piso a su alrededor. ¿Qué es más importante en una escoba?, le preguntó, ¿el mango o las cerdas? Sobre la respuesta se desarrolla buena parte de la novela y uno llega a entender por qué la protagonista decide trabajar en una central telefónica pese a ser de buena familia, o por qué es tan feliz con un hombre incapaz de sostener una erección pero muy hábil a la hora de contar historias. Lenore emprende la búsqueda de su bisabuela como una odisea simbólica hacia los límites del lenguaje, donde *Penélope* es una palabra tejiéndose y destejiéndose cada vez con un significado nuevo.

No es bueno leer a Foster Wallace mientras uno va al psicoanalista. La narración fluida de LA ESCOBA DEL SISTEMA acentúa la desesperación y la ansiedad. Lenore, por ejemplo, se baña compulsivamente como si los gérmenes no la dejaran

ver quién es. El terapeuta le recuerda que no hay diferencia entre la vida real y la ficción, solo nos salva la pretensión de que la vida sea algo más. Eso, cuando algo nos salva, que es casi nunca, porque nadie se inventa peor que nosotros mismos. Le pasa a Lenore, le pasó a Foster Wallace y nadie dijo nada. O no a tiempo.

Yo dejé a mi psicoanalista.

/c/

En YouTube hay loros que cantan himnos nacionales y declaman poemas. En LA ESCOBA DEL SISTEMA hay una cacatúa llamada Vlad el Empalador. Vlad dice: «Tengo que hacer lo que es correcto para mí como persona», y dice: «No sé a qué te refieres cuando dices amor. Dime qué significa esa palabra», y dice: «Vamos a deshacernos de este espejo tan desagradable y poco profesional». Una cacatúa, digo, que de la noche a la mañana comienza a hablar con sabiduría mística a Lenore y pide que por favor le limpien el espejito empañado de la jaula

+ Este icono antecederá a otros dos títulos que la revista invita a los lectores a conocer.



LA ESCOBA DEL SISTEMA
David Foster Wallace (Ithaca, 1962 – Los Ángeles, 2008)
Pálido Fuego (2013) ■ 521 páginas

porque se quiere ver. Una cacatúa es capaz de cambiar la vida de su dueña sin tener idea de lo que dice. El lenguaje es repetición, el lenguaje es poderoso aunque no diga nada y esté enjaulado.

David Foster Wallace solo tuvo perros para ahorrarse la angustia de conversar con un loro.

/d/

Tanto preguntarse por la inconclusión de EL REY PÁLIDO, libro póstumo de Foster Wallace, y resulta que la última página de LA ESCOBA DEL SISTEMA termina con una frase a medio hacer. Se habló mucho de Thomas Pynchon como influencia, aunque las preocupaciones de Lenore y compañía se sienten más deudoras de David Bell en AMERICANA, de Don DeLillo. Ahí Bell concluye que solo el tiempo existe porque es lo único que sucede por sí mismo; aquí Lenore no concluye nada porque hemos asistido a una historia de personas que hablan con muecas ante una audiencia vendada.

Hay algo en el zoom de la primera escena de EL REY PÁLIDO que se siente ensayado en el capítulo 18 de la segunda parte de LA ESCOBA DEL SISTEMA. El narrador describe a un pasajero dentro de un avión que sobrevuela un incendio nocturno. Desde lo alto, el pasajero ve dos puntos anaranjados moviéndose frenéticamente hacia el agua. Abajo, dos personas con el cabello encendido escapan de las llamas tomadas de la mano y no saben que alguien las mira desde el cielo. Para Foster Wallace ese juego de aproximación y perspectiva era lo más parecido a componer cualquier oración, con la conciencia de que no hay forma de evitar la soledad del equívoco.

Fue Don DeLillo quien le sugirió utilizar el lenguaje matemático para beneficio de la escritura creativa y desde entonces Foster Wallace reincidió en la idea de contar cómo dos personas con fuego en la cabeza pueden correr desesperadas hasta el infinito siempre que permanezcan tomadas de la mano. Nadie se salva de las llamas; en el mejor de los casos el incendio nos sorprende acompañados **bs**

Marcel Ventura (Barcelona, 1987) es periodista. Textos suyos han aparecido en EL PAÍS, LETRAS LIBRES y EL MALPENSANTE. También ha trabajado con varias editoriales, incluida la estadounidense New Directions.

+ EL ARCO IRIS DE GRAVEDAD (Thomas Pynchon)
CORRE, CONEJO (John Updike)

El artista y el mundo

Por Jeremías Gamboa

AQUÍ Y AHORA. CARTAS 2008-2011 ■ Paul Auster (New Jersey, 1947) y J. M. Coetzee (Ciudad del Cabo, 1940) ■ Anagrama & Mondadori (2012) ■ 265 páginas

Correspondencia. En uno de los mensajes recogidos en AQUÍ Y AHORA. CARTAS 2008-2011, el escritor sudafricano J. M. Coetzee le dice al norteamericano Paul Auster que ser escritor es el oficio «menos importante del mundo», y Auster no muestra reparo alguno. Algo de esa actitud poco solemne y bastante natural es lo que le otorga un atractivo especial a la correspondencia entre dos de los autores más reconocidos y reconocibles de la literatura actual. Más allá de la profundidad de sus impresiones sobre los temas más diversos de la cultura, el arte y la política internacionales,

lo que estas cartas revelan es a dos simples mortales que observan con enorme complejidad el mundo que los rodea y que se mueve velozmente, a la vez que ellos se sumen en sus propios y también urgentes temas. No es extraño, entonces, que uno de los primeros temas que aborden con enorme seriedad y preocupación sea la sensación de culpa que sienten por el carácter adictivo de los espectáculos deportivos: el béisbol en el caso de Auster, y el críquet en Coetzee. «Estoy de acuerdo contigo en que es una actividad inútil, una absoluta pérdida de tiempo», escribe Auster. «Y sin embargo, ¿cuántas horas de mi vida he perdido precisamente de ese modo? ¿Cuántas tardes he desperdiciado como tú has hecho el 28 de diciembre? La suma total será sin duda apabullante, y solo con pensar en ello me abochorno». De confesiones así está hecho AQUÍ Y AHORA.

Los intereses de un escritor ambicioso suelen ser tan vastos como el alcance de su material: el mundo entero. Auster y Coetzee repasan las más variadas manifestaciones humanas de nuestro tiempo; desde el conflicto árabe-israelí hasta el Mundial de Fútbol de Sudáfrica; desde las elecciones presidenciales en Estados Unidos hasta el talento sorprendente del tenista Roger Federer, pasando por las novelas de Philip Roth y la correspondencia de Samuel Beckett. A través del intercambio de puntos de vista, conscientes de su carácter profano y de usar como única herramienta el más afilado sentido común, ambos escritores construyen una amistad que reflexiona muchas veces sobre ella misma y su especificidad. Auster es siete años menor que Coetzee y profesa por él una enorme admiración. Coetzee respeta a Auster. En el orden del libro es posible reconocer el amplio conocimiento que el autor sudafricano muestra sobre casi todo, y los esfuerzos honestos de Auster por acompañarlo y sostener su diálogo. Esta no es una desventaja del libro; yo diría que lo humaniza y lo hace sincero: es el diálogo entre un excelente novelista y un escritor extraordinario, ambos

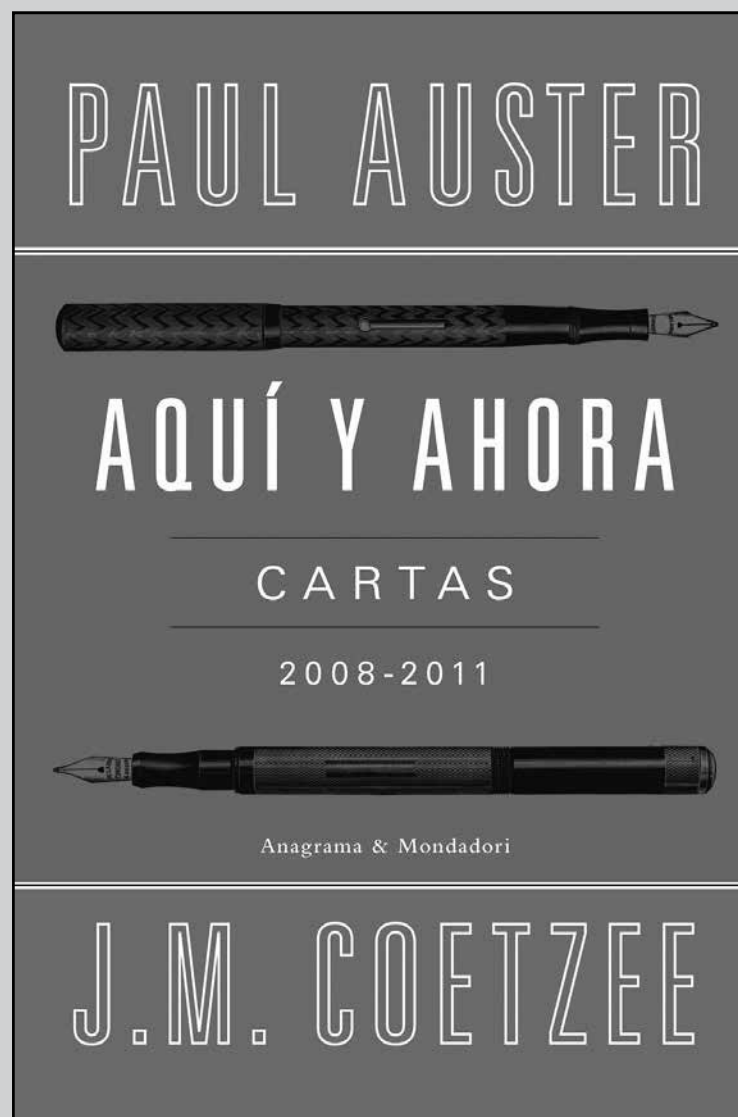
sabedores de su propio lugar en la literatura universal. «Leer una página de Kleist es enfrentarse al hecho de que existe una Primera División de escritores, que tiene muy pocos miembros, y en la que se juega a algo muy distinto a lo que se juega en la mucho más cómoda Segunda División a la que estamos acostumbrados», escribe Coetzee. «Un juego más difícil, más rápido, más inteligente y donde hay mucho más en liza».

El libro, por cierto, refuleja cuando ambos se internan en el oficio narrativo. Destaca nitidamente el tramo en que abordan los

mecanismos de la lectura y la imaginación literaria, y la forma en que construyen sus ficciones. Al confesar cómo imagina sus historias, Auster le cuenta a Coetzee que debe saber casi milimétricamente qué objetos se encuentran bajo qué disposición en cualquier espacio en que transcurran sus ficciones. El autor de DESGRACIA le responderá: «La habitación en que se desarrolla mi acción ficticia es un sitio muy desnudo, un cubo vacío, de hecho; solo le incorporo un sofá si hace falta (si alguien va a sentarse en él o mirarlo)».

Pero, más allá de todos los temas tangibles y urgentes, lo que conmueve en este libro es la posibilidad de asistir a una conversación sincera entre dos tipos de imaginaciones poderosas que enfrentan, cada cual en su habitación cerrada, las exigencias del mundo y el paso del tiempo que amenaza con disolverlos. Auster es el primero en manifestar su estado de ánimo declinante y el decaimiento de su cuerpo, relacionados —lo descubriremos después— con su libro DIARIO DE INVIERNO. Coetzee

confiesa sus problemas para dormir, el temor a la distracción que trae la edad, la posibilidad del retiro. «Lo que me interesa en la situación presente es la cuestión de cómo y cuándo se anunciará el agotamiento de las energías», escribe. «No se puede seguir escribiendo eternamente; y tampoco quiere uno despedirse con un producto vergonzosamente malo de la chochez. ¿Cómo detecta uno que simplemente ha perdido la capacidad de hacerle justicia a un tema?». Auster, que en un par de misivas lo llama cariñosamente «abuelito», intenta acompañarlo a la distancia en esas vacilaciones, y trata de animarlo contándole cómo ve de activos a Roth y DeLillo, autores de la edad de Coetzee. Esos son los mejores momentos de AQUÍ Y AHORA. Aquellos en que uno comprueba la dificultad que representa el mundo incluso para mentes tan alertas, y a la vez la terquedad de estas en leer el tiempo que les tocó atestiguar. «El mundo sigue enviándonos sorpresas», escribe Coetzee al final del libro. «Y nosotros seguimos aprendiendo». Nosotros con ellos **bs**



+ CARTAS DEL VERANO DE 1926 (Marina Tsvetáyeva, Boris Pasternak, Rainer María Rilke) ■ CARTAS ESCOGIDAS (William Faulkner)